

NEW LEFT REVIEW 137

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cinco guerras en una 7

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN El mundo y la izquierda 25

FRIGGA HAUG Recuerdos de aprendizaje 83

FORREST HILTON Y
AARON TAUSS Colombia en la encrucijada 95

EDWARD KING La novela histórico-mundial 139

CRÍTICA

ANAHD NERSESIAN El librero de la libertad 155

SAUL NELSON Realidades opuestas 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Daisy Hay, Dinner with Joseph Johnson: Books and Friendship in a Revolutionary Age, Londres, Chatto & Windus, 2022, 528 pp.

ANAHID NERSESIAN

EL LIBRERO DE LA LIBERTAD

El 12 de agosto de 1803, William Blake salió de su casa en Felpham, West Sussex, y descubrió a un soldado apoyado en la valla del jardín. El soldado, John Scofield, era uno de los cientos de soldados estacionados a lo largo de la costa en previsión de una invasión francesa. Al no producirse la invasión, Scofield estaba buscando trabajo y había entrado para ver si podía encontrarlo allí. A Blake no le interesaban las explicaciones. Ordenó a Scofield que se marchara; Scofield se negó, le lanzó un puñetazo y falló el golpe. Blake le agarró los brazos por la espalda y le arrastró hasta la posada local. Más tarde Scofield le denunció, no por agresión sino por sedición, que potencialmente podía acarrear la pena de muerte. Según el acta del juicio, Blake fue acusado de haber dicho que «los ingleses»

eran como un grupo de niños, que se masturbaban hasta quedar quemados y escaldados [...] que los franceses conocían muy bien nuestra fuerza y que si Bonaparte llegara tardaría una hora en hacerse el amo de Europa. [Blake] había maldecido al rey de Inglaterra –a su país y a sus súbditos– [y dicho] que sus soldados estaban destinados a ser esclavos como todos los pobres en general.

La mujer de Blake, Catherine, pasó a la acción. «Aunque solo era una mujer», se afirmó que había jurado que «mientras le quedara una gota de sangre ella lucharía», no por Inglaterra sino «por Bonaparte». Esto era una broma, pero una broma con un importante significado: la nación estaba en una situación tan desesperada que sería mejor desguazarla y empezar desde el principio.

Pasó un año hasta que Blake fue absuelto. Hay pocas dudas de que fuera culpable, pero ninguno de sus vecinos testificó en su contra, lo que da cierta idea del sentir general en Felpham durante los primeros años de las guerras napoleónicas. (En 1805, Blake también realizó una rápida e idealizada representación del almirante Nelson, quizá para echar tierra sobre aquella historia). La ley bajo la cual Blake podría haber sido juzgado –la *Treasonable and Seditious Practices Act*, aprobada en 1795– era ampliamente impopular incluso entre la gente que no pensaba que Napoleón fuera una buena alternativa a Jorge III. Eran tiempos de vigilancia y control generalizados por parte del Estado, pero también de una solidaridad excepcional.

El libro de Daisy Hay, *Dinner with Joseph Johnson: Books and Friendship in a Revolutionary Age*, es en cierto modo una obra sobre la solidaridad y el trabajo diario de mantener unido a un grupo de intelectuales radicales. Su protagonista es un personaje modesto y poco conocido para los lectores modernos, un librero de Londres, cuyo nombre aparece en la portada de casi todas las obras importantes sobre política y filosofía social del periodo romántico. La lista de Johnson era de grandes autores: Joseph Priestley, Mary Wollstonecraft, William Godwin, Thomas Paine, Erasmus Darwin, Thomas Malthus, Anna Barbauld, William Cowper, Maria Edgeworth, William Wordsworth o Henry Fuseli, y el hombre a quien uno de los invitados de Johnson se refería como «Blake, el grabador». Con la excepción de Blake, sus autores encarnaban una versión convencional del pensamiento de la Ilustración. Estaban en contra de la esclavitud, la monarquía, la intolerancia religiosa y la corrupción del Estado; apoyaban los derechos de las mujeres, la reforma del sistema electoral, la gobernanza secular y quizá una u otra versión de una Europa unida. En otras palabras, eran reformistas que se oponían a la consolidación reaccionaria de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Johnson no se limitaba a vender sus libros, sino que les pagaba, les alimentaba y les proporcionaba un techo. Finalmente pasaría seis meses en prisión por acogerse al derecho a no declarar en un proceso incoado por sedición.

Nacido en Liverpool en 1738, Johnson creció en una familia baptista que se identificaba firmemente con la rama de los Disidentes (aunque Johnson renunciaría más tarde a su educación baptista a favor del Unitarismo). Una serie de *Tests Acts* aprobadas a finales del siglo XVII excluían convenientemente a católicos romanos, disidentes protestantes y judíos de todos los puestos civiles o militares, así como de las universidades de Oxford y Cambridge (la prohibición en Oxford contra los no anglicanos iniciada en 1581 no se levantó hasta cerca de trescientos años después). En los tiempos de Johnson, el sentimiento público era menos abiertamente hostil hacia los Disidentes de lo que lo había sido cuando Daniel Defoe escribió –tal vez irónicamente o tal vez no– que la Gran Bretaña anglicana no tenía ninguna intención de verse «engatusada y doblegada por la paz y la tolerancia» de

un grupo de subversivos que «una vez nos habían recompensado con una guerra civil y con una intolerable e injusta persecución de nuestra anterior civilización y cultura». No obstante, una sospecha de no conformidad podía fácilmente, y de hecho lo hacía, desbordarse y acabar en violencia.

Decir que Johnson era un librero es de alguna manera engañoso. Su oficio, como explica Hay, «guarda mucha semejanza con la publicación moderna». Desde su librería situada en el 72 de St Paul's Churchyard –en un barrio donde uno de cada dos locales estaba relacionado de alguna manera con algún aspecto del negocio, desde la fabricación de papel y la impresión, a la encuadernación y el grabado– Johnson no solo vendía libros, sino que contrataba a escritores, asumía los riesgos financieros de la producción y realizaba una buena parte de las tareas de edición (demasiada, si se le preguntaba a Cowper). Después de trasladarse a Londres en 1753, a la edad de catorce años, un librero baptista llamado George Keith le enseñó los pormenores del oficio. Después de siete años de aprendizaje, durante los cuales se inició en las complejidades de las leyes del derecho de autor y la inversión, Johnson estableció su propio negocio de venta de libros, pasando por varios emplazamientos dentro y en los alrededores de la City antes de establecerse en el 72 de St Paul's Churchyard después de que su anterior tienda, en Paternoster Row, sufriera un incendio en 1770. Durante sus primeros años se esforzó en publicar a compañeros disidentes, desde Theophilus Lindsey –que renunció a su vicaría en 1773 y fundó la primera iglesia unitaria– a Priestley, el bondadoso erudito que en Birmingham escapó por los pelos de la muerte a manos de la multitud, pasando por Barbauld, cuyas guías de «hágalo usted mismo» dirigidas a la educación infantil se basaban en su experiencia al frente de la Palgrave Academy, una escuela disidente que rechazaba el castigo corporal y enseñaba idiomas modernos junto a los clásicos.

Estos primeros pasos marcaron el camino. Johnson empezó a especializarse en publicar libros de intelectuales progresistas privados legalmente de formas de empleo más estables y lucrativas. Como señala Hay, Johnson se mostró notablemente solidario con las mujeres escritoras y especialmente con Wollstonecraft, con quien mantuvo una estrecha amistad, a las cuales, no pagaba tan generosamente como a sus autores masculinos, cosa que sucedió con la propia Wollstonecraft, con Anna Laetitia Barbauld, Maria Edgeworth, Sarah Trimmer, Mary Hays, Charlotte Smith o Mary Robinson. (Hay sugiere que no es una exageración «considerar a las escritoras del siglo XVIII como una subclase precaria en el mundo literario londinense»). No obstante, asociarse con Johnson traía aparejados un enorme número de beneficios colaterales. En su lista y en su casa –donde organizaba cenas semanales en una sala situada encima de la tienda– sus autores y autoras encontraban una comunidad fiable con ideas similares. Durante años, el grupo de Johnson recogió fondos para pagar los honorarios de abogados

y gastos de traslado de sus miembros. Después de la horrible muerte de Wollstonecraft debido a una septicemia contraída durante el nacimiento de su segunda hija, Mary (la futura Mary Godwin Shelley), el grupo financió su funeral y recaudó dinero para sus hijos.

A menudo se ha señalado que Johnson publicó a un amplio abanico de autores y autoras que en ocasiones estaban en desacuerdo entre sí. Algunos estudiosos han sostenido que fue esta mentalidad amplia y no credencial u opinión particular alguna, la que le acarreó la política represiva de William Pitt. Por mi parte, caracterizaría la lista de autores y autoras publicadas por Johnson como orientada hacia una audiencia interesada en general por las perspectivas de reforma y, por lo tanto, alejada de cualquier tipo de pretensión ni de fomentar la revolución ni de defender la autoridad de la Iglesia y del rey. Johnson podía publicar *Enquiry Concerning Political Justice* (1793), de Godwin y *An Essay on the Principle of Population* (1798), de Malthus, y no ver ninguna contradicción entre ellos, aunque Godwin, que dedicó casi toda su carrera posterior a refutar los modelos demográficos de Malthus, ciertamente sí la veía. Ambos reconocían que la pobreza era un problema social y no parte de un plan divino; para Johnson eso era suficiente para ponerlos juntos en la misma estantería.

Al mismo tiempo, aquellos libros que parecen estar fuera de lugar en su lista de autores, ofrecen una importante perspectiva sobre lo que la sensibilidad de los reformadores daba y no daba por sentado. El primer superventas de Johnson fue *An Authentic Narrative of Some Remarkable and Interesting Particulars in the Life of John Newton* (1764), una exposición de los horrores del comercio atlántico de esclavos realizada por un hombre que había estado en el negocio antes de encontrar a Dios y unirse a la Iglesia. Realmente, muchos de los grandes éxitos de Johnson fueron textos abolicionistas, incluyendo el poema *The Task* (1785), de Cowper, y la obra de Olaudah Equiano, *Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, The African, Written by Himself* (1789), que publicó el propio Equiano pero que Johnson distribuyó. Johnson también pagó a Blake para que realizara los grabados de la obra de John Gabriel Stedman, *Narrative of a Five Years Expedition against the Revolted Negroes of Surinam* (1796), que se convirtió en un texto clave de la campaña abolicionista, aunque el propio Stedman no apoyara la causa (a diferencia de Blake para quien el abolicionismo era la cuestión política y moral definitoria del momento).

Y así podría parecer extraño que en 1792 Johnson publicara un grotesco y polémico libro titulado *The Case of the Sugar Colonies*, obra de un propietario de plantación llamado John Collins, quien argumentaba contra la abolición aduciendo que la violencia en Francia demostraba que aunque en teoría la libertad estaba muy bien, en la práctica era manifiestamente peligrosa. La obra de Collins tiene todos los aditamentos, incluyendo la

afirmación de que cuando volvían a la madre patria, «los hacendados de las Indias Occidentales recibían un trato por parte de sus compatriotas poco mejor que los esclavos». ¿Por qué publicaría Johnson esta obra? Hay señales que «pudo estar motivado por el deseo de mantener y permitir un debate sobre los temas más importantes del momento» y que «su lista de títulos debe evaluarse como una muestra de los argumentos que él consideraba dignos de mención». También refleja el hecho de que era posible que un hombre situado en el centro de la cultura progresista, al igual que lo estaban sus lectores, considerara que los derechos humanos, e incluso la humanidad, de los africanos negros era una cuestión sometida a debate. A pesar de su reputación ecumenista, Johnson nunca publicó un escrito cuestionando el derecho divino de los reyes. Algunas proposiciones iban demasiado lejos.

Por ello, aunque la iglesia de Johnson podía ser tolerante, él establecía sus parámetros cuidadosamente. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar *Rights of Man*, de Thomas Paine, Johnson empezó el trabajo para acabar cancelándolo el día de su publicación. Hay nos dice que «Paine tuvo que cargar y llevarse en una carreta las hojas sueltas e impresas» y el libro finalmente lo publicó J. S. Jordan en Fleet Street. Llevado ante el tribunal en King's Bench, Jordan se declaró culpable de haber impreso literatura sediciosa (aunque evitó entrar en prisión al llegar a un acuerdo con el abogado del Tesoro). Al mismo tiempo, Paine fue arrestado recurriendo a una acusación prefabricada de no haber liquidado una vieja deuda, que Johnson pagó en su nombre. Después de algunos meses en una casa segura –facilitada igualmente por Johnson– Paine partió para Francia.

Johnson también dejó pasar una defensa de la Revolución Francesa hecha por un poeta, cuyas motivaciones no eran puramente políticas. Nadie se hubiera imaginado que Wordsworth, un joven reservado que hablaba con un marcado acento del norte, tuviera una amante y un hijo en Blois. Pero si Wordsworth mantuvo su vida privada en secreto, se mostraba mucho más abierto con las que fueron durante un tiempo sus simpatías por los *montagnards*. En 1793 redactó su «Carta al obispo de Llandaff». El obispo en cuestión era Richard Watson, que había respondido a la ejecución de Luis XVI con un sermón sobre «La sabiduría y bondad de Dios por haber hecho a los ricos y a los pobres». En su respuesta, Wordsworth desecha cualquier malestar por la decapitación del rey, considerándola un «lamento que estaba de moda». Explica que «la libertad [...], para reinar en paz, debe establecerse mediante la violencia» y se declara republicano, un término que, como señalaba Priestley, se había convertido en «uno de los más deshonorosos de la lengua inglesa». Que Wordsworth lo utilizara resulta todavía más sorprendente viendo su giro hacia la derecha durante las dos décadas posteriores. El hombre que estaba dispuesto a quemarlo todo en 1813 obtendría el cómodo empleo de jefe de Correos y distribuidor de sellos para el condado de Westmorland, muriendo con el título de Poeta Laureado.

Nada de esto hubiera sucedido si la carta de Wordsworth hubiera sido publicada. Quizá hubiera acabado encarcelado o como los Mártires Escoceses, un grupo de defensores de la reforma del Parlamento, hubiera sido enviado a Australia. Pero la carta de Wordsworth no fue publicada, aparentemente porque Johnson, que había sacado sus dos primeros libros de poemas, no quiso hacerlo. Aun así, Johnson no se había deshecho del obispo de Llandaff. En 1789 cometió el fatal error de vender copias del artículo de Gilbert Wakefield, *A Reply to Some Parts of the Bishop of Llandaff's Address to the People of Great Britain*. Cuando se enteró de que otros estaban siendo arrestados por distribuir el trabajo de Wakefield trató de deshacerse del material, pero fue demasiado tarde. A la edad de 60 años fue encontrado culpable de un acto de sedición y sentenciado a seis meses en la prisión de King's Bench. Su salud nunca se recuperó y el asma que le había acosado durante toda su vida acabó con él en 1809.

Dinner with Joseph Johnson es un logro narrativo que se desdobra como retrato grupal de un influyente grupo de escritores e intelectuales. El especialista en literatura Saree Makdisi ha descrito a Wollstonecraft, Godwin, Paine y sus asociados como «radicales hegemónicos», que «pretendían absorber y reconciliar todas las luchas dentro de sus propios proyectos de reforma»; Makdisi señala que tenían un auténtico compromiso con la igualdad política, aunque fuera un compromiso «marcadamente diferenciado del igualitarismo socioeconómico». Esta es una denominación útil, que se ve confirmada por los lúcidos y elegantes resúmenes que hace Hay de los escritos de estos autores. Cuando Wollstonecraft pidió «una revolución en los modos de comportamiento femeninos», se imaginaba que esta produciría una mujer que «cultivaría su fuerza física y mental y que se valdría por sí misma tanto intelectual como emocionalmente». Sin embargo, también imaginaba que semejante mujer encontraría su verdadero objetivo en la maternidad, y así en su *Vindication of the Rights of Woman* (1792) se esfuerza por mantener a distancia el sexo recreacional. Más concretamente, Wollstonecraft frecuentemente adscribe la sexualidad indisciplinada a las clases inferiores. «Me preocupa mucho», señala, prevenir que las mujeres jóvenes «adquieran hábitos desagradables o inmodestos; y como muchas chicas han aprendido desagradables trucos de sirvientes ignorantes, mezclarlos [...] indiscriminadamente resulta muy inadecuado».

Esta aprensión no era una peculiaridad personal. El ideal de reformador —un individuo de cabeza fría, perteneciente a la clase media, monógamo y moralmente honesto— surgió como reacción tanto a la aristocracia hereditaria como a una clase de trabajadores y trabajadoras en proceso de rápido crecimiento, ambas categorías sistemáticamente asociadas a apetitos descontrolados y perturbadores o, dicho con las palabras de Godwin, a una «disipación y lujuria» que «han propagado el afeminamiento y la indecisión

por doquier». La situación era muy parecida en Francia, donde Robespierre emprendió una campaña contra la depravación ligada a sus intentos de eliminar al ala socialista del movimiento revolucionario. Como ha señalado recientemente el historiador Colin Jones, «los ataques de la República contra la prostitución y la irregularidad sexual representan solamente el principio de una funesta política de intolerancia ante la presencia de la mujer en cualquier forma de la vida pública», la cual rápidamente se transformó en un lenguaje simbólico muy sexualizado para identificar a todos y cada uno de los enemigos del Estado. En un grabado que conmemora la ejecución de François-Noël «Gracchus» Babeuf en 1797, una figura desnuda etiquetada como la Anarquía –con unos pechos grandes y caídos, un dragón alrededor de los genitales y la cara de Babeuf– está siendo ensartada por un fornido soldado que defiende «a Francia, representada por una joven y saludable madre» (ese es el texto) del puñal de la Anarquía.

Los ideales de Babeuf y su denominada Conspiración de los Iguales (*Conjuration des égaux*), difícilmente se circunscribían a Francia. Un personaje interesante para ser comparado con Johnson sería Thomas Spence, un editor rebelde y ateo, que publicó innumerables extractos de los autores de Johnson –incluyendo a Paine, Godwin y al estadounidense Joel Barlow– en su revista *Pig's Meat*, cuyas ediciones semanales se interrumpían por las frecuentes temporadas pasadas por Spence en prisión. Con el significativo subtítulo de «Lessons for the Swinish Multitude» [Lecciones para la multitud canalla], *Pig's Meat* era una antología producida para lectores y lectoras de la clase obrera en la cual se intercalaban los propios ensayos y poemas de Spence en los que condenaba la propiedad privada y exigía la colectivización de la tierra y de sus frutos. Junto a la revista de Daniel Isaac Eaton, *Politics for the People* y las publicaciones de la London Corresponding Society (LCS), Spence se aprovechó de la relajación de la ley de derechos de autor en 1774 para difundir un emergente canon de pensamiento radical que algunas veces coincidía con la tendencia reformista y otras la cuestionaba. Godwin fue extremadamente crítico con la London Corresponding Society por poner en circulación fragmentos de su *Enquiry Concerning Political Justice* y por su misión divulgadora en general. «Una vez que los poco ambiciosos y cándidos círculos de investigadores son engullidos por el insaciable abismo de las ruidosas asambleas –señalaba inquieto– la oportunidad para mejorar queda instantáneamente aniquilada».

El propio círculo de investigadores e investigadoras creado en torno a Johnson, por otro lado, se constituyó como respuesta a las presiones provenientes tanto de la derecha como de la izquierda. El libro de Hay es excelente, está maravillosamente bien escrito, minuciosamente documentado y resulta absolutamente fascinante. Su fe en los poderes transformadores y democratizadores de la cultura impresa (*pace* Godwin), que para ella representa

la libertad de investigación en general, sugiere una profunda lealtad, muy alejada de lo superficial, a los propios valores de la Ilustración. El resultado es una obra seria que tiene el mérito de poder provocar tanto placer como desagrado. Sobre este segundo sentimiento podemos decir que *Dinner with Joseph Johnson* algunas veces da la impresión de que la política británica alrededor de 1800 estaba dividida entre sinvergüenzas reaccionarios y gente eminentemente racional con ideas eminentemente racionales, muchas de las cuales –sufragio universal, no pegar a los niños y niñas en la escuela– se han convertido en la norma en las democracias modernas. Por un lado encontramos espías del gobierno, matones lealistas, psiconeuróticos como Edmund Burke y misóginos fulminantes como Richard Polwhele, cuyo poema de 1798, *The Unsex'd Females*, ataca prácticamente a todas las mujeres de la lista de Johnson citándolas por su nombre («contemplar conmigo lo que nuestros padres nunca vieron / una banda de mujeres despreciando las leyes de la NATURALEZA»). Por otro, encontramos a la gente decente, que escribe libros alabando el compañerismo en el matrimonio y la industria bien regulada, como hacía Erasmus Darwin en su *Botanic Garden*, publicado por Johnson en 1791. En el poema, Darwin celebra los logros de su amigo Josiah Wedgwood, que presumía de organizar su fábrica, a la que llamaba Etruria, de manera tan eficiente que «los salarios [eran] prácticamente los mismos hagamos veinte docenas de jarrones a la semana o solo diez»:

¡Etruria! debajo de tus manos mágicas
gira la rápida rueda, la plástica arcilla se expande
estimulada con un toque delicado, tus dedos (mientras gira)
marcan los precisos límites de jarrones, vasijas y urnas.

No sorprende que Blake y gente como él se encontraran en la periferia del círculo de Johnson. Como señala Hay, había marcadas distinciones de clase entre los libreros y los grabadores y es poco probable que se le permitiera a Blake olvidarlo alguna vez. Estaba más cerca de los ceramistas y torneros de Wedgwood, con sus salarios robados, que de las celebridades literarias de Johnson, y en 1789 ya había empezado a desarrollar con *Songs of Innocence* una enérgica y compleja forma de expresión opuesta a la política de reformas. Su sistema, como llegaría a llamarlo, se fundaba en un compromiso con la emancipación total de la vida social. Consideraba que la abolición de la esclavitud era algo innegociable y en lugar del arquetipo republicano de la madre, Blake instaló un personaje al que llamaba la ramera, la mujer que habiendo sido expulsada de la sociedad respetable, pasa a representar una oposición humana a esa sociedad. La intensidad de la lealtad de Blake a su concepción, que era a la vez política, moral y metafísica, era más sediciosa que cualquier cosa que pudo haberle dicho a Scofield en su jardín. Por esa razón, él y Catherine tenían que imprimir sus propios libros.